Inti: Revista de literatura hispánica

Number 10 *Otoño-Primavera* 1979 *Article* 10

JULIO CORTÁZAR EN BARNARD

En torno a Julio Cortázar: Problemática sobre la vigencia histórica de las formas culturales

Hernán Vidal*

*

Copyright ©1979 by INTI. *Inti: Revista de literatura hispánica* is produced by The Berkeley Electronic Press (bepress) for Inti and the Providence College Digital Commons.
http://digitalcommons.providence.edu/
http://digitalcommons.providence.edu/inti

EN TORNO A JULIO CORTÁZAR: PROBLEMÁTICA SOBRE LA VIGENCIA HISTÓRICA DE LAS FORMAS CULTURALES

Hernán Vidal

Una convocación a un ciclo de conferencias sobre la obra de Julio Cortázar significa celebrar su importante contribución a la cultura latino-americana. Este juicio tácito nos ha servido de base para entrar sin mayor demora a las diferentes presentaciones que nos ocupan en esta oportunidad. Pero, como ocurre siempre con la obra de un gran autor, su literatura anima a un cuestionamiento de nuestras premisas más básicas sobre la realidad. La práctica intelectual de un maestro tiene contenidos que permiten a la crítica literaria vislumbrar categorías para su propia práctica. Mi aporte a esta convocatoria es retrasar un poco nuestra premura y meditar un momento sobre el término "contribución cultural." Más específicamente me refiero al problema de la historicidad de las formas culturales: ¿qué factores sociales condicionan la vigencia y caducidad de una producción literaria?

Hay un gran riesgo en hacer esta pregunta, tanto por su amplitud rayana en la vaguedad vaporosa como porque, quizás, desde nuestras diferentes perspectivas teóricas, su utilidad como instrumento crítico puede ser relativa. Si por "vigencia" se entiende la capacidad de una producción literaria para generar significaciones relevantes para la contemporaneidad de diversos públicos lectores, a través de diversas épocas, todo lo que se pueda decir en una sola oportunidad como esta es insuficiente. Se hace referencia a un laberinto de problemas que va desde la naturaleza misma de la producción textual hasta su consumo y descodificación, pasando por la producción material del libro, su comercialización y distribución, sin olvidar la famosa pregunta sobre hace qué una obra de la remota antiguedad tenga o recobre significación en un período muy posterior. Por lo tanto, en la presentación que sigue me cabe una doble responsabilidad: acotar el área precisa en que instalo mi discusión y luego justificar su validez como vía de conocimiento nuevo.

En cuanto al primer aspecto, mi argumento es que la situación del mismo Cortázar nos provee una acotación del problema. Si nos atenemos a sus declaraciones[1] se trata de un intelectual que avanzado en su carrera declara su compromiso con el proceso revolucionario de instauración del socialismo en Latinoamérica. De allí en adelante establece un nexo entre la posibilidad real de construir un nuevo orden social —como en Cuba— y su producción literaria, a pesar de que ella se venía elaborando según fundamentos divergentes de la doctrina revolucionaria. Con este nexo Cortázar asignó a su experimentación literaria la función de "desrutinizar" las percepciones de lo real para desvelar los límites ideológicos impuestos por el poder burgués hegemónico. Así se crearían las condiciones mentales para la transformación socialista de nuestros países como único espacio en que el hombre puede desarrollar libremente el cúmulo de sus potencialidades. Con la expresión de su compromiso socialista y la relación con su obra Cortázar intentó unir una vanguardia política con una vanguardia literaria en cuanto ambas se complementan en la lucha por concretar formas culturales nuevas en sus respectivos campos de acción.[2]

En su aspecto positivo el prolema queda acotado así: dentro del marco temporal de su existencia, la obra de un autor tiene vigencia en la medida en que responda a un compromiso con la dialéctica que introduce nuevas formas de organización social o se problematice a sí misma en torno a la dialéctica social que introduce esas formas. En su aspecto negativo esta definición podría aparecer restando vigencia a la producción literaria que no responda o no se problematice en cuanto a esos referentes. Sin embargo, este planteamiento corresponde sólo a un primer acercamiento a la cuestión tratada y debe ser refinado teóricamente. La objeción central que habría que hacer a lo dicho es su estatismo, ya que la dialéctica social es un proceso en movimiento permanente. Volveré a esto más adelante.

Primero debo justificar mi cuestión y lo hago en relación a la forma en que nosotros, como profesores y críticos, institucionalizamos académicamente la literatura. Creo indispensable distinguir que en nuestro trabajo no tratamos *la literatura*, es decir, el conjunto total de obras producidas. Más bien de manera colectiva elaboramos paradigmas valorativos que nos permiten señalar la producción de autores específicos como introductores de nuevas modalidades estructurales que consideramos hitos de importancia en la evolución de los diferentes géneros. Hemos organizado un sistema de inclusiones y exclusiones que sería de interés analizar alguna vez desde un punto de vista sociológico. Nos compete revisar con frecuencia nuestro aparato conceptual para evitar que nuestra institución se convierta en panteón. Para ello es preciso considerar variables que permitan una mirada al futuro y alertarnos a las condiciones que puedan promover cambios en la producción de formas literarias. El compromiso social de Julio Cortázar nos señala la variable más importante, la historia contemporánea que compartimos con él.

Las consecuencias teóricas de unir una vanguardia política con una vanguardia literaria deben partir de la noción de que el discurso literario es una forma de conciencia de relaciones sociales preexistentes. La amplitud, complejidad y permanente cambio de estas relaciones hace que toda forma de conciencia sea a la vez capaz de aprehenderlas, insuficiente y retrasada en su conocimiento. Como conciencia la literatura es una elaboración analógico-metonímica del modo en que grupos humanos crean y usan cultura, es decir, herramientas, ideas, conceptos, símbolos, valores, formas de conducta, instituciones y objetos para transformar aspectos discursivamente definidos de la realidad natural y social.[3] Los discursos literarios participan en la conformación de las visiones ideológicas de una época proponiendo la forma en que los hombres reproducen o debieran reproducir su existencia de acuerdo con sus necesidades y objetivos materiales y espirituales, en el ámbito de un poder político hegemónico. Metafóricamente la literatura tipifica agentes que luchan por conservar, transformar o revolucionar la sociedad desde el escorzo sensual y emocional de su experiencia de la vida diaria.

Puesto que toda conciencia es un esfuerzo retrasado por aprehender la realidad social, lo anterior supone una dialéctica por la que los movimientos culturales masivos necesitan instrumentalizar representaciones adecuadas de la realidad para su trabajo objetivo de transformación social. En los grados de eficacia de este trabajo y en la posibilidad de abrirse a nuevas formas de existencia se comprueba la validez y actualidad de significado de las representaciones. Puesto que el literato es uno de los diversos tipos de intelectuales cuya función es producir representaciones ideológicas de la sociedad de acuerdo con su origen o adhesión de clase, es posible postular que la obra de un escritor es vigente y se mantiene en la vanguardia de su cultura en tanto ella y la práctica social de su autor responden a la esencia de los procesos históricos que dinamizan su sociedad, y en tanto esa literatura articule y refuerce una práctica social efectiva.

Sin embargo, un desfasamiento entre la obra de un autor y los procesos sociales no implica necesariamnte el extremo opuesto, la caducidad. La sociedad es un conjunto de formas culturales activas y recesivas permanentemente a la mano en el uso diario, o despositadas en la memoria individual, generacional, de clase o colectiva, o institucionalizada en escuelas, universidades, bibliotecas, hemerotecas, museos, pinacotecas, cinematecas, etc., Recuperamos o abandonamos total o parcialmente estas formas para readaptarlas a las tareas sociales que debemos enfrentar como individuos o como parte de un grupo. Toda creación cultural de la que ha quedado registro es testimonio de la forma en que la especie humana ha forjado su propia conciencia, sensibilidad, cuerpo y capacidad manipulativa de sí misma y de la realidad, es decir, testimonio de su historia.

El concepto de la articulación ideología-práctica social trae implícito un modelo ideal de un intelectual implicado centralmente en actividades

políticas revolucionarias, cuya obra surge de esa experiencia. Latinoamérica tiene una larga tradición al respecto desde Simón Bolívar a Roque Dalton y Leonel Rugama. No obstante, como ocurre con todo modelo ideal, su valor es más bien heurístico que prescriptivo. Así como la formación ideológica de un autor está sujeta a variables a veces difíciles de ponderar, su posibilidad de tener una participación central en un movimiento histórico no depende del todo de su voluntad. Pero, aun así, esto no significa que no haya criterios objetivos para juzgar la vigencia tanto del modelo de intelectual que un escritor representa como la de su producción literaria. En una época como la que vivimos, en que atestiguamos tan profundas conmociones sociales como anuncio del surgimiento de un nuevo orden cultural, la respuesta de un intelectual a la posibilidad de fundir pensamiento y acción es criterio de importancia para su valoración histórica. De los intentos por solucionar la contradicción entre intelecto e incitación social en los términos que hoy experimentamos procede la materia e identidad intelectual del escritor contemporáneo. Se podrían postular tres categorías en este sentido, que afectan al escritor y su obra, aunque no se equilibran necesariamente entre sí: 1) *compromiso* con las tendencias sociales de transformación cultural; 2) *conocimiento* de la dialéctica social que sirve al escritor de materia artística; 3) *adecuación*, apropriada o no, de las formas literarias a su disposición para representar artísticamente su conocimiento de la dialéctica social.

En este punto quiero recapitular las proposiciones que surgen de una elaboración del testimonio intelectual de Julio Cortázar: 1) que la vigencia de una obra literaria en la época de su producción está en referencia a su validez como representación imaginaria de los procesos reales de la creación de cultura en una sociedad; 2) que la forma en que se asume un compromiso con los procesos sociales constituye modelos de conducta intelectual posibles de ser definidos en su perfil. A continuación creo conveniente aplicar estos criterios a la obra de Julio Cortázar. El es la figura central en la llamada narrativa del boom y a través de un examen se podría cuestionar su vigencia en los términos propuestos, para luego esbozar probables tendencias y labores futuras para la crítica literaria.

En esta aplicación es conveniente considerar que la obra de Julio Cortázar se popularizó en la década de 1960, época de gran optimismo político por la creciente consolidación de la Revolución Cubana y de radicalización de grandes sectores de las clases medias latinoamericanas. También es la época de la diseminación de las teorías revolucionarias de Frantz Fanon, Regis Debray y Herbert Marcuse por Latinoamérica. Ellos hicieron una interpretación espontaneísta del cambio social revolucionario.[4] La obra de Julio Cortázar coincidió con ese espontaneísmo con un irracionalismo de origen surrealista que revivió planteamientos del romanticismo europeo.

En primer lugar quiero referirme a la crisis del modelo tecnocrático-liberal de escritor que Cortázar mismo provocara despues de haberlo

encarnado inicialmente. Julio Cortázar abandonó Argentina en 1951. Se exilió voluntariamente en Francia con el objeto de tener las mejores condiciones posibles para un trabajo literario de reconocido eurocentrismo. En Argentina sentía que su dedicación era menoscabada por la interferencia cultural del populismo peronista. Hasta ese momento definía su intelectualidad con una concepción liberal de dimensiones idealistas y tecnocráticas: el artista tiene una responsabilidad exclusiva ante su trabajo y debe desprenderse de las incitaciones inmediatas de las relaciones sociales en que está inmerso para lograr una contemplación no contaminada de su espiritualidad creadora; esta espiritualidad alcanza su maduración en la medida en que se aproprie de formas discursivas europeas que han sido elevadas al rango de universalidad; ese desprendimiento y esa apropiación logran su concreción máxima con la instalación del intelectual en Europa; allí la apropiación de formas culturales lleva a experiencias totalizadoras de la realidad teñidas de intensa religiosidad; esta totalización resulta en una comprensión irracional de la "esencia americana."

Instalado en Europa e inspirado por las revoluciones argelina y cubana, Cortázar expresó un compromiso de apoyo al proceso socialista de la isla, compromiso que interpretó como un reencuentro con sus raíces latino-americanas. Su radicalización política magnificó y trajo a primer término el potencial de crítica social de los basamentos surrealistas de su producción literaria, aspecto que Cortázar ha enfatizado frecuentemente. Con igual constancia ha tratado de mostrar la concordancia de esos basamentos con el proceso revolucionario. No obstante, este esfuerzo significó una escisión entre producción literaria y práctica política. Por una parte, y a nivel ideológico, el irracionalismo surrealista de su formación literaria no permite a Cortázar una estricta apropiación intelectual del materialismo histórico y dialéctico como ciencia de la acción revolucionaria. Por otra, Cortázar nunca ha cejado en su apoyo personal a los movimientos de liberación latinoamericana.

Esta contradicción se hace evidente con una observación global del modo en que Cortázar concibe las fuerzas que potencian el cambio social. Estas son ahistóricas, están en la base biológico-instintiva del hombre, cuyos orígenes están supuestamente más allá de todo condicionamiento social. Su entrada a la institucionalidad forzosamente racionalizadora de las relaciones humanas, es concebida como una caída que mutila la rica capacidad perceptiva estético-religiosa, primordial en la humanidad. La racionalidad "occidental" la ha restringido, desacralizando y fragmentando los nexos numinosos que unían al individuo, la sociedad y la naturaleza. El ser humano ha quedado alienado del flujo que sostiene toda manifestación de vida en el universo. La razón ha convertido los entes de la realidad en objetos inertes o menoscabados de vida, sometidos a todo tipo de explotación, particularmente en el capitalismo consumista contemporáneo. En este orden social la sensibilidad humana ha quedado dividida anormalmente entre

razón e instinto, atributos que ya no se complementan equilibradamente. Por esta escisión, razón e instinto han llegado a significar muerte y vida respectivamente, procesos que tampoco logran complementarse en la organicidad vital.

Como proyecto social, la literatura de Cortázar promueve la desalienación del hombre y la restauración de la unicidad de todas sus dimensiones mediante el despertar de la imaginación provocado por el consumo literario. El nivel ideológico de la lucha por la liberación humana es erigido como fetiche que reemplaza niveles más fundamentales. Se confía para ello en la energía instintiva que nunca es del todo encadenada por la represión social. Ella manifiesta su tendencia liberadora a través de la sexualidad, la imaginación, el juego y un numinoso acercamiento a la naturaleza que superan el principio de realidad capitalista. La riqueza de las reacciones instintivas relativiza la inflexibilidad de las formas de conducta social sancionadas por el poder político hegemónico. Esta premisa lleva a una especial valoración de personajes y situaciones marginales que alteran los padrones hegemónicos de conducta. De allí la atracción por personajes "piantados," de difícil identificación social, homosexuales y niños que todavía no han completado su socialización. Esto es completado con la insistencia en accidentes, incidentes fortuitos o maravillosos que rompen la rutina racionalizada de la vida diaria. Pero, por sobre todo, el impulso de liberación instintiva se da en casos de violencia y muerte, claramente acotados en cuanto a magnitud y espacio, que toman aspecto de *happening*. Se trata de incidentes álgidos en la acción narrativa, consciente y gradualmente elaborados por los personajes, con sentido ceremonial, en que se da una fuerte descarga de energía emocional hasta convertirse de manera repentina y, aparentemente, espontánea en un símbolo que sintetiza impulsos lúdricos, posturas histriónicas e inquisiciones metafísicas para terminar con una definición existencial de los participantes.

Ideológicamente esta matriz conceptual demuestra una gran cercanía con la llamada Nueva Izquierda que cuajó en Europa y Estados Unidos especialmente en la segunda mitad de la década de I960.[5] La Nueva Izquierda se organizó espontáneamente en torno a problemas coyunturales como la necesidad de reformar la educación superior en Francia o la oposición a la guerra de Vietnam en Estados Unidos. Fueron grupos en que el estudiantado sirvió de vanguardia, sin experiencia partidista ni sindical, que se presentaron como alternativa frente a los Partidos Comunistas. Estos fueron acusados de ser burocracias fosilizadas que habían postergado su misión revolucionaria por su preocupación exclusiva de mantenerse y reproducirse. En el análisis neoizquierdista de las sociedades capitalistas avanzadas se alteraron aspectos fundamentales del materialismo dialéctico e histórico. La Nueva Izquierda negó el potencial revolucionario del proletariado en la fase capitalista actual. En una típica fetichización del poder

del aparato ideológico, los medios masivos de comunicación fueron señalados como el instrumento de manipulación psíquica causante de esa parálisis. La conciencia racional del proletariado habría sido condicionada por mensajes que habrían neutralizado la imaginación teórica en su búsqueda de alternativas de organización social. La promoción conjunta del hedonismo consumista habría resultado en la integración sumisa del proletariado al capitalismo. Por estos motivos la Nueva Izquierda postulaba que la alternativa revolucionaria estaba en grupos "marginados" o no del todo incorporados al sistema. El movimiento encontró sus elementos más afines entre el estudiantado y reclutó activamente entre el lumpen y las poblaciones presidiarías. En condiciones especiales estos elementos ¡servirían de gatillo explosivo que arrastraría al proletariado a cumplir con su misión histórica revolucionaria.

La rápida declinación y desaparición de movimientos como el Students for a Democratic Society en Estados Unidos y aquellos surgidos en Francia durante la revuelta de mayo-junio, 1968, dan testimonio de la caducidad de este tipo de análisis social espontaneísta. También habría que señalar el fracaso del análisis foquista representado por Regis Debray y la derrota de las guerrillas urbanas y rurales, sin olvidar que algunos de los escritores del boom expresaron simpatías por ellas. Su fracaso estuvo en su incapacidad para conectarse con o crear estructuras políticas masivas enraizados en el movimiento laboral.

La declinación del espontaneísmo debe ser confrontada con los sucesos de los años recientes. Luego de los desastres iniciales en Brasil, Uruguay, Argentina y Chile, la vanguardia del movimiento histórico se localiza en la victoria reciente del Frente Sandinista de Liberación Nacional en Nicaragua y las consecuencias que este triunfo tendrá en El Salvador y Guatemala: la presión exitosa del pueblo brasilero para provocar una apertura política en la dictadura; y los progresos chilenos en rearticular el movimiento obrero como puntal de la resistencia antifascista. Todo esto no ha sido posible con sorpresivas explosiones de vitalidad reprimida o por la acción de una pequeña vanguardia aislada, sino con una cohesión democrática pluriclasista que ha templado la disciplina y la capacidad organizativa de los partidos populares.

Con el conocimiento de los agentes y circunstancias que acarrearon los desastres antes indicados, ha crecido el convencimiento masivo de que la lucha por la democratización latinoamericana está esencialmente ligada a la lucha antiimperialista. La coincidencia en estos dos objetivos ha aunado esfuerzos proletarios, de estratos medios y de sectores burgueses progresistas para recuperar o instaurar las libertades burguesas como espacio de maniobra política. Para el proletariado organizado el período transcurrido desde los golpes de estado trajo múltiples labores: repliegue, reagrupamiento de fuerzas, reorganización clandestina, negociación de diferencias entre

sectores políticos populares, iniciación y mantenimiento de un diálogo con otros sectores sociales, exploración de instituciones que facilitaran el trabajo político en condiciones represivas, la adecuación de las formas y los medios culturales a la mano para la resistencia y la concientización de las masas. Todo ello para presionar y mellar la inflexibilidad dictatorial y expandir las posibilidades de expresión de los intereses populares. Para estos trabajos ha sido fundamental un alto grado de organización y disciplina para cohesionar y coordinar frentes masivos, permitir el flujo comunicativo entre el interior y el exilio y, como lo requiere el triunfo sandinista, articular un aparato partidista, administrativo e institucional para una reconstrucción económica, social y política programática.

Todo esto sugiere que han cambiado marcadamente las condiciones que permitieron el desarrollo de una narrativa de bases espontaneístas ante la historia latinoamericana. Las etapas recientes de los conflictos sociales obligan a considerar las nuevas prioridades para la elaboración de la realidad cultural. Estas prioridades ya se han hecho visibles en los últimos años. Me refiero a crecientes esfuerzos por un entendimiento más estricto de los procesos sociales continentales. índice de esto es el gran interés causado por la investigación de las ciencias sociales, su aumento, junto con el de la literatura testimonial. También es índice el desarrollo e importancia alcanzados por el teatro de creación colectiva, cuya característica central de su modo de producción es el tratamiento dramático de la investigación histórica. Para los literatos esto implica el compromiso de poetizar este conocimiento histórico con mayor asidero en la realidad social. Para la crítica literaria esto demandará gran atención por los problemas implícitos en la elaboración de este tipo de material. Este desafío quizás promueva un reenfoque de la literatura política de los años '30 en términos comparativos con la situación presente. El hecho es que la poetización de los procesos sociales cuenta ahora con la rica experiencia técnica aportada por escritores como Julio Cortázar.[6]

Por último quisiera llamar la atención sobre la relevancia actual que tiene el quiebre de Julio Cortázar con una definición tecnocrático-liberal del escritor. Con esta ruptura Cortázar ha mostrado las posibilidades de un compromiso intelectual internacionalista con toda lucha de liberación, compromiso asumido en cualquier lugar del mundo donde lleve la necesidad de trabajo. En una época como esta, en que gran número de intelectuales laboran por absorber, comprender y definir no siempre con éxito las dimensiones y significados del exilio, Cortázar propone un modelo de conducta constructivo que supera la obsesión por meditar nostálgicamente sobre un pasado convertido en utopía.

NOTAS

1. El esbozo siguiente se basa en "Acerca de la Situación del Intelectual Latinoamericano." *Ultimo round* (México, D.F.: Siglo XXI Editores, S.A., 1969); *Viaje alrededor de una mesa* (Buenos Aires: Editorial Rayuela, 1970); "Discurso del Escritor Argentino Julio Cortázar en el Acto de Constitución del Jurado del Premio Literario Casa de las Americas 1980," 25 de enero de 1980, La Habana, Cuba.

2. Testimonio de este nexo es una afirmación como esta: "Porque los escritores, aunque sean un producto obvio de los procesos culturales, se crean de alguna manera por su propia cuenta, encuentran su camino contra viento y marea; pero los lectores no se hacen solos, a los lectores hay que hacerlos, hay que llevarles los elementos para que salgan de la barbarie mental y accedan a nuestro mundo, a nuestros procesos políticos en calidad de protagonistas y no de rebaños." "Discurso ..."

3. Para una amplia discusión del concepto cultura desde una perspectiva materialista histórica consultar Desiderio Navarro, ed. *Cultura, ideología y sociedad: antología de estudios marxistas sobre la cultura* (La Habana: Cuadernos de Arte y Sociedad, Editorial Arte y Literatura, 1975)

4. Un análisis de los tres autores mencionados en cuanto a este problema se encuentra en Jack Woddis, *New Theories of Revolution* (New York: International Publishers, 1971).

5. Para un estudio de las implicaciones neoizquierdistas de la obra de Julio Cortázar ver Hernán Vidal, "Julio Cortázar y la Nueva Izquierda." *Ideologies and Literature* (Minnesota), No. 7, 1978, pp. 45-67.

6. Una observación del material presentado en concurso al Premio Literario Casa de las Américas, 1980, apoya estas impresiones. Las categorías ensayo, testimonio, teatro y poesía fueron las más concurridas en cantidad y calidad. Limitadas en estos aspectos fueron las categorías cuento y novela. En cuento sobresalieron los experimentos por traer a la elaboración literaria de una problemática de muy definida preocupación social la modernidad técnica asociada con la narrativa del boom.